

El gasto de la guerra aérea en Corea

Por JERRY GREENS

(De Pegasus.)

Cálculo de los gastos ocasionados durante un año de operaciones aéreas.

Ese hombre, enemigo de los barberos, el economista tradicional que exhibe unos largos cabellos y que dirige los negocios de la nación desde su despacho en Wáshington, puede predecir con cierta exactitud el coste que tendrá la primavera próxima una chuleta de cerdo. Puede calcular el volumen del débito nacional y fijar la cantidad de impuestos que cree puede pagar usted.

Pero, a pesar de la enorme cantidad de cifras que bailan en su cabeza, ni él ni ninguno de sus amigos le podrán decir lo que cuesta hacer una guerra. Pregúntele—como nosotros lo hicimos—y saldrá diciendo que no hay cosas como los “imponderables”.

Sin embargo, después de doce meses de lucha en Corea, una guerra limitada, en una zona también limitada, parece plausible hacer un cálculo en dólares y céntimos de los gastos ocasionados por una sola arma. Tomemos la Fuerza Aérea y veremos que, a “grossq modo”, los Estados Unidos gastaron unos 1.500 millones de dólares en hacer la guerra aérea en Corea durante un año.

Esto le dará a usted, lector, una idea muy pequeña de lo que puede costar una gran guerra, donde se registra una seria oposición aérea y en la que las operaciones en el cielo se multiplican por mil o más.

Esos 1.500 millones de dólares es una cantidad gastada. No tienen nada que ver con los 60.679 millones de dólares del presupuesto militar propuesto para 1952, ni tampoco con las pagas, los alimentos, los hospitales situados en nuestro país, el transporte al Japón ni el adiestramiento especial.

No hace mucho las Asociaciones de la Prensa hicieron un cálculo, exponiendo que la guerra coreana era la cuarta en cuanto a pérdidas humanas y gastos de las que figuran en la historia de los Estados Unidos. Informaban que la segunda guerra mundial costó 330.500 millones de dólares, en tanto la de 1914-18 sus gastos ascendieron a 25.807 millones de dólares, y los de la revolución americana, a 74.555.642.

W. J. McNeill, secretario adjunto de Defensa, estima que la guerra de Corea ha costado algo así como 8.000 ó 10.000 millones de dólares, dependiendo de los gastos directamente asignados a la zona de combate.

Es, naturalmente, como insisten los economistas, imposible calcular el coste de una guerra. Si sólo fuera Corea, sería otra cosa. Pero no puede uno saber si los Estados Unidos habrían enviado cuatro Divisiones de Infantería al Ejército del Atlántico, mandado por el General Eisenhower, de no haber ocurrido la agresión en Corea. No puede darse por cierto que el Presidente hubiera solicitado la aprobación de un presupuesto de 19.700 millones de dólares para la Fuerza Aérea para el año 1952 o si se hubiera pedido y obtenido la tercera parte de esa cantidad.

Realmente no puede calcularse el valor de las bajas, y las producidas en combate en Corea se acercan a las 100.000.

Pero hablando en términos de dólares, con su valor actual, puede echarse una ojeada, fría y calmadamente, y ver qué impuestos se necesitan para mantener en funcionamiento a los aviones en territorio enemigo en una pequeña guerra donde el enemigo no opone mucha resistencia en el aire, excepto en la sensitiva zona fron-

teriza del Yalu, donde los rojos manifiestan un esfuerzo considerable.

En un año de guerra en Corea la Fuerza Aérea ha llevado a cabo 223.000 vuelos. Es una buena cantidad, y además la Fuerza Aérea de los Estados Unidos no dispuso de muchos aviones para hacerlo.

Descomponiendo esa cifra, tenemos que la Fuerza Aérea del Lejano Oriente informa que los aviones de caza realizaron 107.800 vuelos. Los bombarderos ligeros efectuaron 14.400 misiones, y los medianos—los B-29 son bombarderos medianos—, un total de 8.900.

Se llevaron a efecto 8.900 vuelos de reconocimiento y más de 65.000 misiones de transporte.

Y como si esto fuera poco, arrojaron 7.800.000 galones de "napalm" inflamable sobre el enemigo, lo que es buena cantidad de "jabón" y de fuego.

Observando las estadísticas, vemos que los aviones de carga empiezan a participar en los éxitos. Los transportes aéreos de las Fuerzas Aéreas del Lejano Oriente trasladaron 176.000 toneladas de mercancías. Transportaron 427.000 pasajeros, incluyendo los heridos. Y lanzaron 420 millones de octavillas sobre las líneas comunistas, apoyando el esfuerzo de la guerra psicológica.

Puede ser de interés observar algunas de las misiones realizadas por los aviones de caza, y en general, por todos los demás durante el año, que hacen baratos los gastos si se comparan con los resultados. La Fuerza Aérea del Lejano Oriente informa que los aviones causaron 120.000 bajas y destruyeron o dañaron 125.000 edificios.

Además, la Fuerza Aérea del Lejano Oriente comunica que fueron destruidos, probablemente destruidos o dañados, 391 aviones comunistas. Fueron dejados fuera de combate unas 893 locomotoras y 14.200 vagones de todos los tipos; se lanzaron bombas sobre 439 túneles y se destruyeron 1.080 puentes. Nuestros aviones incendiaron 24.500 vehículos a motor y 1.695 carros de combate.

Todas estas hazañas no fueron fáciles de conseguir, y cuando se echa una ojea-

da atrás comienza uno a comprender que las guerras cuestan dinero, y a ver el por qué de ese desembolso.

Un informe anual de la Fuerza Aérea del Lejano Oriente revela que las pérdidas de aviones se elevaron a 308 aparatos. Los comunistas perdieron más; pero nuestros aviones no salieron indemnes. La mayoría de nuestras bajas fueron aparatos de caza y bombarderos, pero fueron derribados por lo menos ocho transportes. Estas cifras corresponden únicamente a la Fuerza Aérea y no incluyen las pérdidas sufridas por la Aviación naval ni de la Infantería de Marina. Se emplean sólo como ejemplo, con el fin de explicar los motivos de que una guerra cueste tanto dinero.

Incluso si se descuenta todo lo demás, el precio de 308 aviones representa una renta. Calcúlese por encima el precio de 100.000 dólares por avión, y se tendrá una carga bastante respetable para los bolsillos. Se comprobará que las pérdidas de aviones en una guerra de policía han costado un mínimo de 60 millones de dólares en un año, y eso que no hubo mucha oposición aérea.

Eso es sólo el comienzo. Claro está que puede uno retroceder y estimar lo que cuesta adiestrar a un piloto y todo lo demás. Concentremos nuestra atención en los materiales y el equipo.

Esto alcanza en una sola zona proporciones considerables. El caballo de carga de la Fuerza Aérea del Lejano Oriente fué el Fairchild C-119, empleado para el transporte del equipo y personal. El lanzamiento en paracaídas de alimentos y equipo fué la salvación de muchas unidades, y el "camión volante" se ganó los honores en combate.

Además de todos estos vuelos, la Fuerza Aérea del Lejano Oriente realizó otros 18.000, de índole variada, en Corea. En esa cifra van incluidos todos los tipos de aviones y misiones.

Para dar una pequeña idea de lo que hicieron esos aviones, arrojaron 97.000 toneladas—sí, toneladas; no libras—de bombas contra los comunistas o sus propiedades. Los pilotos dispararon 98 millones de tiros. Lanzaron 264.000 cohetes.

Pero los 60 millones de dólares en

aviones que se estrellaron o fueron abatidos en Corea en doce meses sólo es el principio de la cuenta. En 1950 la Fuerza Aérea recibió unos 6.000 motores de reacción y 3.000 de pistón. Los motores de reacción cuestan de 25.000 a 50.000 dólares cada uno, y los de pistón, proporcionalmente menos, es decir, entre los 12.000 y 20.000 dólares.

Es costumbre en la Fuerza Aérea que cuando se compra un avión de reacción se encargan dos motores de repuesto. Cuando se adquiere un avión equipado con motor de pistón, se compra un motor de recambio. Estos hechos, poco conocidos, ayudan a explicar alguno de los gigantescos gastos, incluso en los presupuestos normales de una Fuerza Aérea.

Los expertos calculan que un motor de reacción debe ser repasado cada 500 horas de funcionamiento aproximadamente, y los de pistón cada 800 a 1.200 horas. Claro es que todo esto se olvida en el combate, pero eso es lo que necesita la Fuerza Aérea y lo que trata de hacer cuando es posible.

Así, con 223.000 vuelos realizados en Corea durante doce meses, es fácil ver que tuvo que haber unos cuantos cambios de motores y unos cuantos repasos, todo lo cual ha de añadirse a los gastos.

Ahora, pasando por alto el coste de los aviones que se han perdido, los recambios de motores y el desgaste general, llegamos a otro pequeño capítulo que hace que la Fuerza Aérea ame a la Marina. Es el correspondiente al combustible, a las bombas y a la munición.

Recientemente la Marina calculó que habían sido transportadas por mar unos 11 millones de toneladas de abastecimientos a la zona de combate coreana durante el primer año de guerra. De esa cifra, unos cinco millones de toneladas consistieron en "petróleo".

La mayor parte de este petróleo era combustible para los aviones.

Un experto calculaba que un avión de reacción gasta un promedio de 600 galones de combustible especial para esa clase de motores en una hora. Un aparato de transporte de cuatro motores consu-

me unos 400 galones de gasolina por hora a la velocidad de crucero normal.

Transfórmense estas cifras en dólares, la cantidad de su cuenta mensual de gasolina para su automóvil, y la de aceite para el hornillo, multiplíquelas por 223.000 misiones realizadas por nuestros aparatos en Corea y comenzará a tener una idea de que las guerras no son baratas.

Naturalmente, la Marina consume una cantidad considerable de combustible para llevar a través del Pacífico esta gasolina y ese combustible para los motores de reacción a los aeródromos de Japón, Corea y Okinawa. Las cifras dadas más arriba abarcan la cantidad realmente transportada, no la que se necesitó para llevar el combustible al lugar donde era preciso.

Tenemos ahora esas 97.000 toneladas de bombas lanzadas en doce meses. Naturalmente, la mayoría de esas bombas eran material sobrante de la Segunda Guerra Mundial, y gran parte de ellas habrían tenido que arrojarse al Océano pasados dos años debido a su deterioro. Es imposible, nos dicen los expertos del Pentágono, calcular el coste o el valor de estas 97.000 toneladas de bombas. Una gran parte de ellas no se ajustaron incluso a los depósitos de los tipos de aviones más modernos.

Además, tenemos los 7.800.000 galones de napalm lanzados contra los comunistas y los 264.000 cohetes disparados contra sus camiones y carros de combate. Esto no procedía del sobrante de la Segunda Guerra Mundial. Había ya napalm en la guerra última y se empleó muy bien en la lucha del Pacífico. También existían los cohetes. Pero estos cohetes de aviones son nuevos y no procedían de los depósitos de antigüedades.

Es fácil olvidar los hechos que se producen en una guerra cuando se lee un artículo condensado en el diario de la mañana y cuando esa guerra dura meses. No hay nada bonito en esos hechos, pero no obstante se les echa una ojeada. Pero los que pagan sus impuestos, los que ofrecen sus vidas y su dinero deben tener muy bien en cuenta que no se hace una guerra gratuitamente.